

SANTA BARBARA PUBLIC LIBRARY



3-1447 01230-3349

DO NOT REMOVE FROM
SANTA BARBARA CENTRAL LIBRARY

Bella y la Bestia



BK06111669

MADAME LEPRINCE DE BEAUMONT / ANGELA BARRETT
KÓKINOS

Sp
j398.20944
Leprince de Beaumont,
Madame
Bella ~~Y~~^Withdrawn 2006.

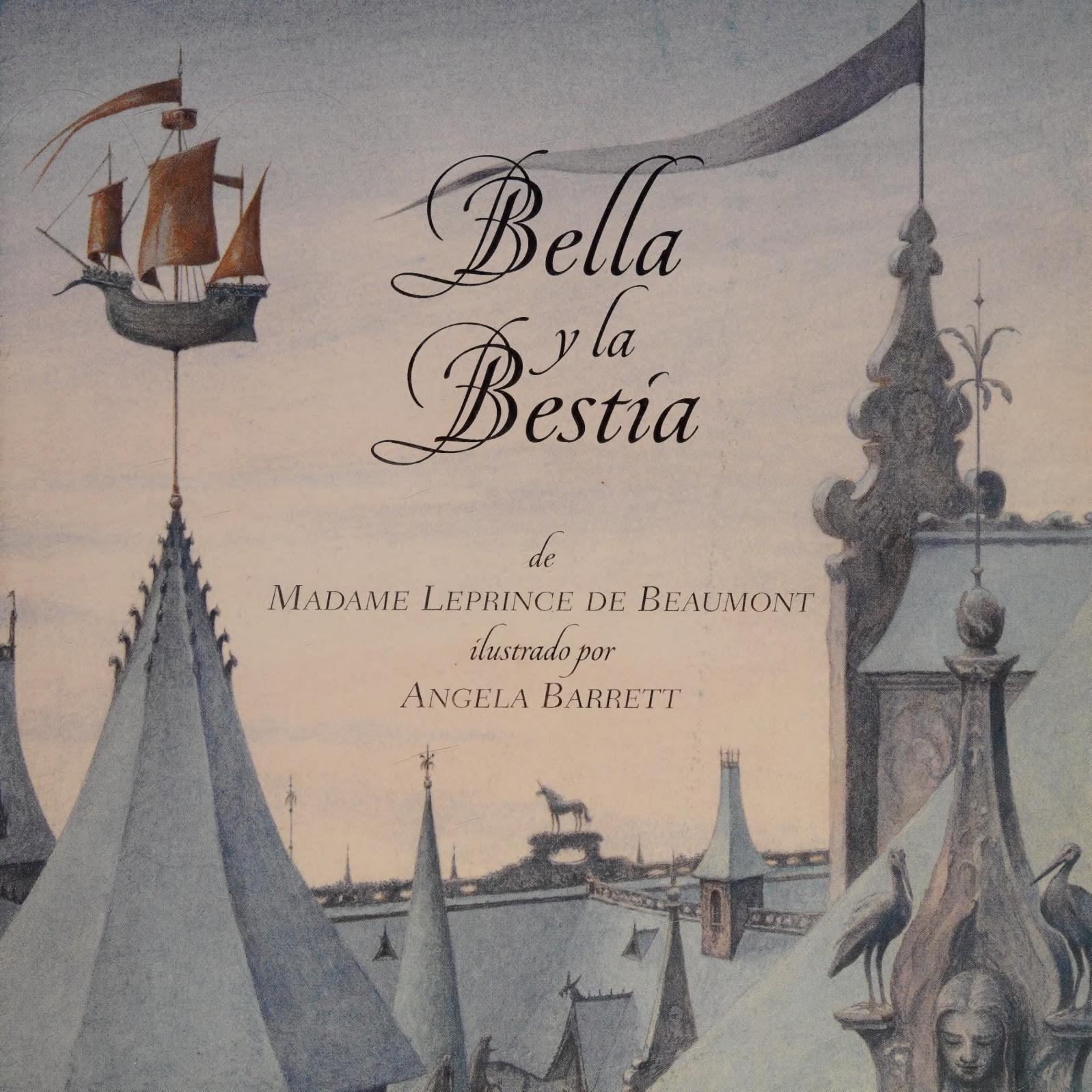
PUBLIC LIBRARY
SANTA BARBARA, CALIFORNIA

*Bella
y la
Bestia*





KÓKINOS



Bella y la Bestia

de

MADAME LEPRINCE DE BEAUMONT

ilustrado por

ANGELA BARRETT



*H*abía una vez un comerciante muy rico que tenía seis hijos, tres varones y tres mujeres, y como era un hombre generoso, no reparó en gastos para educarlos y los rodeó de todo tipo de maestros.



Las tres hijas eran muy hermosas, pero la más joven despertaba tanta admiración que desde muy pequeña todos la llamaron *Bella* y, para envidia de sus hermanas, con ese nombre se quedó. La hija menor no sólo era mucho más bonita que las otras, sino también mejor persona. Las dos hermanas mayores se sentían demasiado orgullosas por el hecho de ser ricas: se daban muchos aires de importancia y se negaban a ser amigas de las hijas de los demás comerciantes, pues, según ellas, solo las personas de alto nivel social eran dignas de hacerles compañía. Iban todos los días de paseo, al baile, al teatro...



y se mofaban de la pequeña porque empleaba gran parte de su tiempo en la lectura de buenos libros.

Como se sabía que las tres jóvenes eran ricas, eran solicitadas en matrimonio por muchos comerciantes, pero las dos mayores los rechazaban diciendo que sólo se casarían con un duque o, cuando menos, con un conde. Bella —pues ya hemos dicho que así llamaban a la menor— agradecía amablemente el interés de sus pretendientes, pero les decía que aún era muy joven y que deseaba vivir algunos años más con su padre.





De un solo revés perdió el comerciante todos sus bienes,
y no le quedó más que una pequeña casa de campo bastan-
te apartada de la ciudad.

Llorando, hizo saber a sus hijos que había que trasladar-
se a dicha casa, donde tendrían que trabajar como campesi-
nos para ganarse la vida. Sus dos hijas mayores respondieron
que no abandonarían la ciudad, pues no les faltaban preten-
dientes que se sentirían felices de casarse con ellas aunque
hubiesen perdido su fortuna. Pero se engañaban las buenas
señoritas: sus pretendientes ni siquiera se dignaron en mirarlas
una vez que se volvieron pobres. Dada su soberbia, nadie les



tenía cariño, y decían: «No merecen que nos apiademos de ellas, es más, nos alegra verlas humilladas. ¡Qué se hagan las importantes ahora con las ovejas!»

Pero, al mismo tiempo, todo el mundo decía: «Qué pena nos da Bella. ¡Es tan buena hija! ¡Con qué cortesía le habla a los pobres! ¡Es tan agradable y tan honrada!» Hubo incluso caballeros dispuestos a casarse con ella, aunque no tuviese un céntimo, pero ella les respondía que le resultaba imposible abandonar a su padre en la desgracia, y que pensaba seguirle al campo para consolarle y ayudarle en el trabajo.

La pobre Bella estaba triste por la pérdida de su fortuna, pero se decía a sí misma: «De nada sirve llorar: las lágrimas no me devolverán lo que he perdido. Hay que intentar ser feliz sin dinero.»

Nada más establecerse en la casa de campo, el mercader y sus tres hijos se dedicaron a labrar la tierra. Bella se levantaba a las cuatro de la mañana y se ocupaba en limpiar la casa y preparar la comida para toda la familia. Al principio lo pasó muy mal, porque no tenía costumbre de trabajar como una sirvienta, pero al cabo de unos meses se fue sintiendo más fuerte y con toda aquella actividad acabó teniendo una magnífica salud. Cuando terminaba sus quehaceres se ponía a leer, a tocar el clavicordio, o bien a cantar mientras hilaba. Sus dos hermanas, en cambio, se aburrían mortalmente: se levantaban a las diez de la mañana, se

paseaban el día entero y su única diversión era lamentarse de todo lo que habían perdido. «Fíjate en nuestra hermana», se decían entre sí, «tiene un alma tan vulgar y es tan estúpida, que se contenta con su desgracia.»

El buen comerciante no pensaba como sus hijas. Sabía que Bella merecía brillar y ser admirada. Valoraba en mucho sus virtudes, y sobre todo su paciencia, ya que las otras no se contentaban con que hiciera todo el trabajo de la casa, sino que además se burlaban de ella constantemente.





Hacía ya un año que la familia vivía aislada cuando el comerciante recibió una carta en la cual le anunciaban que cierto navío que transportaba mercancías suyas acababa de arribar sin contratiempos. La noticia trastornó por completo a sus dos hijas mayores, que creyeron que por fin podrían dejar de vivir





en el campo, donde se aburrían tanto, con lo que, al ver que su padre estaba ya dispuesto a partir, le pidieron que les trajera vestidos, chales, sombreros y multitud de pequeños caprichos. Bella no le pidió nada, pensando que tendría que gastar todo el dinero de las mercancías para los encargos de sus hermanas.



«¿Y tú no quieres que te compre algo?», le preguntó su padre.

«Ya que eres tan amable de pensar en mí», respondió ella, «me gustaría que me trajeses una rosa, pues por aquí no las hay.» No era que la desease realmente, sino que no quería afear con su ejemplo la conducta de sus hermanas, que seguramente habrían dicho que no pedía nada sólo para darse importancia.

Partió, pues, el buen mercader, pero cuando llegó a la ciudad supo que habían puesto un pleito a sus mercancías, y tras muchas penalidades se halló tan pobre como antes.

No le quedaban más de treinta leguas para llegar, feliz de pensar que pronto iba a ver a sus hijas, cuando, al atravesar un gran bosque que había cerca de su casa, se perdió.



Nevaba terriblemente, el viento era tan fuerte que lo derribó del caballo dos veces, y además se hizo de noche, por lo que el hombre llegó a temer que moriría de hambre o de frío, o que lo devorarían los lobos, a los que oía aullar muy cerca. De repente, al final de una larga hilera de árboles vio una brillante luz que parecía muy lejana. Hacia ella se encaminó y al acercarse vio que la luz surgía de un gran palacio muy bien iluminado.

El comerciante dio gracias a Dios por la ayuda que le había enviado y se apresuró a llegar al castillo, pero le sorprendió no encontrar a nadie en el patio. Su caballo, que le seguía, al ver abiertas las puertas de una gran caballeriza, entró en ella, y como había heno y avena, el pobre animal,

que se moría de hambre, comenzó a comer con avidez. Después de dejarlo atado, el mercader entró en el castillo, donde tampoco vio a nadie. Por último llegó a una gran sala en que había un buen fuego y una mesa repleta de manjares con un solo cubierto.

La lluvia y la nieve le habían dejado calado hasta los huesos, así que se acercó al fuego para secarse, diciéndose a sí mismo: «Ahora, cuando aparezcan el dueño de esta casa y sus sirvientes sin duda me perdonarán las libertades que me estoy tomando.»

Esperó un buen rato, pero cuando sonaron once campanadas sin que apareciese nadie, no pudo ya resistir el hambre y, lanzándose sobre un pollo, se lo comió en dos bocados.



Tras lo cual, sintiéndose algo más animado, se atrevió a abandonar la sala y recorrió varios espaciosos aposentos magníficamente amueblados. En uno de ellos encontró una cama, y como eran más de las doce y estaba muy cansado, decidió cerrar la puerta y echarse a dormir.

Eran las diez de la mañana cuando se levantó al día siguiente, y se sorprendió al encontrar un traje limpio en el



lugar donde había dejado el suyo, que estaba ya muy viejo. «Sin duda», se dijo, «este palacio pertenece a un hada buena que se ha apiadado de mí.»

Miró por la ventana y no vio el menor rastro de nieve, sino de un jardín plagado de flores que alegraban la vista. Entró luego en la estancia donde había cenado la noche anterior y descubrió una mesita con una taza de chocolate. «Muchas







gracias, señora hada», dijo en voz alta, «por haber sido tan amable de pensar en mi desayuno.»

Tras tomarse el chocolate, el buen hombre salió en busca de su caballo, y al pasar junto a un macizo de rosas recordó la petición de Bella y cortó una rama con varias rosas. En ese instante oyó un gran estruendo y vio venir hacia él una bestia tan horrorosa que poco le faltó para caer desmayado.

«¡Qué ingrato!», le dijo la Bestia con una voz terrible. «¡Te salvo la vida dándote cobijo en mi castillo, y tú te llevas mis rosas, que son lo que más amo en este mundo! ¡Tendrás que morir para reparar esta falta! ¡Te concedo un cuarto de hora para que te pongas en paz con Dios!»

El mercader se arrojó a sus pies y dijo a la Bestia con manos suplicantes: «Monseñor, perdóname. No pensé en que te ofendería al tomar una rosa. Era para una de mis hijas, que me la había pedido.»

«No me llamo Monseñor», respondió el monstruo, «sino la Bestia. Y no me gustan los halagos: prefiero que se diga lo que se piensa, así que no esperes conmoverme con tus buenas palabras. Pero me has dicho que tienes hijas... Pues bien, te perdonaré la vida, pero sólo a condición de que una de ellas venga voluntariamente a morir en tu lugar. No digas nada: vete ya. Y si tus hijas se niegan a morir por ti, júrame que regresarás dentro de tres meses.»



No había pensado en ningún momento el buen hombre en sacrificar a una de sus hijas a tan horrible monstruo, pero se dijo: «Al menos tengo el consuelo de poder darles un último abrazo.» Juró, pues, que regresaría, y la Bestia le dijo que podía partir cuando quisiera.

«Pero no quiero que te vayas con las manos vacías», añadió. «Vuelve a la habitación donde dormiste y encontrarás un gran cofre vacío en el que podrás poner cuanto te plazca, y yo lo haré llevar a tu casa.»

Dicho esto, la Bestia se retiró, y el hombre se dijo: «Si he de morir, tendré al menos el consuelo de saber que mis hijas no van a pasar hambre.» Volvió, pues, a la estancia donde había dormido y encontró una gran cantidad de monedas de

oro, con las que llenó el cofre que le había dicho la Bestia, lo cerró y, tras a recoger su caballo de las cuadras, abandonó aquel palacio con tanta tristeza como alegría había sentido al llegar. Su caballo tomó por sí mismo una senda del bosque, y en pocas horas logró regresar a su humilde casa.

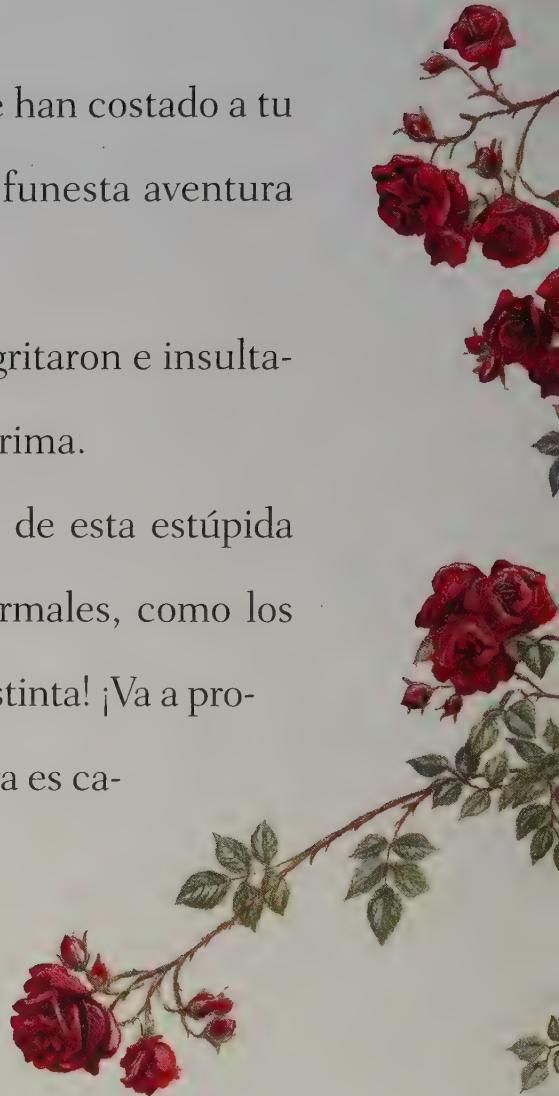
Enseguida se acercaron a recibirlle sus hijas, aunque el pobre mercader, en lugar de alegrarse de verlas se echó a llorar. Traía en la mano las rosas que había cortado para Bella, y se las entregó diciéndole:



«Bella, toma estas rosas, que tan caro le han costado a tu desdichado padre.» Y contó a su familia la funesta aventura que le había sucedido.

Tras escucharle, las dos hijas mayores gritaron e insultaron a Bella, que no derramó ni una sola lágrima.

«¿Veis lo que nos ha costado el orgullo de esta estúpida niña?», decían. «¡Ella no quería regalos normales, como los nuestros! ¡Ah, no, la señorita tenía que ser distinta! ¡Va a provocar la muerte de nuestro padre, y ni siquiera es capaz de llorar!»





«Mis lágrimas serían inútiles», respondió Bella. «¿Por qué voy a llorar a nuestro padre si no va a morir? Si es cierto que el monstruo tiene a bien aceptar a una de sus hijas, me entregaré yo a su furia. Y con ello me sentiré feliz, pues tendré la fortuna de salvar a mi padre y de demostrarle mi cariño.»

«No, hermana», dijeron sus tres hermanos, «tú no morirás. Nosotros iremos a buscar a ese monstruo y acabaremos con él o caeremos derrotados bajo sus golpes.»

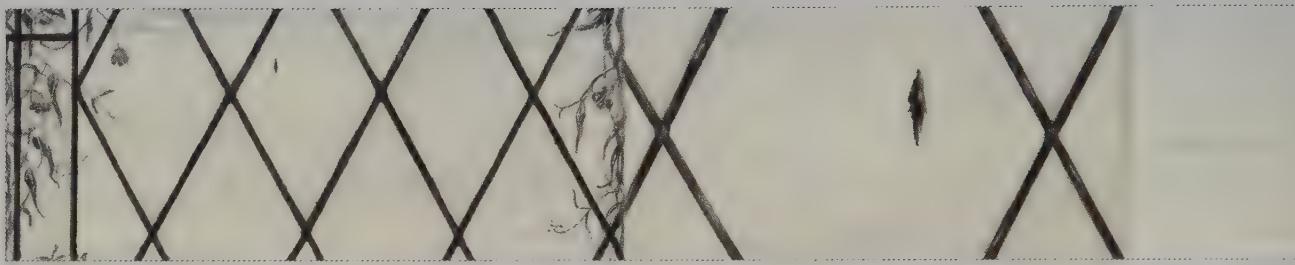
«No os hagáis ilusiones, hijos míos», dijo el mercader. «El poder de esa Bestia es tan grande que no hay ninguna posibilidad de vencerle. Me commueve el buen corazón de Bella, pero no pienso permitir que muera. Soy viejo, me

queda poco tiempo de vida; sólo perderé unos pocos años, lo que únicamente lamento por quedarme sin vosotros, mis queridos hijos.»

«Te aseguro, padre mío», le dijo Bella, «que no irás sin mí a ese palacio, pues no podrás impedirme que te siga. Soy joven y no le tengo gran apego a la vida, y además prefiero ser devorada por ese monstruo que morir de la pena por haberte perdido.»

Por más que intentaron convencerla, no hubo manera: ella iría al castillo, de lo que sus hermanas estaban encantadas, pues las virtudes de la joven les había inspirado siempre terribles celos.





El comerciante estaba tan triste de perder a su hija que olvidó por completo el cofre repleto de oro. Y le sorprendió encontrarlo a los pies de la cama cuando se iba a dormir.

Decidió no decir a sus hijos que eran ricos, ya que desearían volver a vivir en la ciudad, pero confió el secreto a Bella, quien a su vez le reveló que en su ausencia habían venido a



visitárselos algunos caballeros, y que había dos que amaban a sus hermanas. Le rogó que las permitiera casarse, pues era tan buena que las seguía queriendo y perdonaba de todo corazón todo el mal que le habían hecho.

Cuando partieron Bella y su padre, las dos malvadas muchachas tuvieron que frotarse los ojos con cebolla para aparentar que lloraban. Sus hermanos, en cambio, lloraron de



veras, al igual que el comerciante: únicamente Bella no lloró, pues no quería aumentar el dolor de los demás.

El caballo tomó el camino del palacio, y al caer la tarde pudieron verle tan iluminado como la primera vez. El caballo se dirigió por sí solo a las caballerizas, y el buen hombre y su hija entraron en el gran salón, donde encontraron una mesa magníficamente servida con dos cubiertos.



El comerciante no tenía ánimos para comer nada, pero Bella, esforzándose por parecer tranquila, se sentó a la mesa y le sirvió, aunque pensaba: «La Bestia me alimenta bien porque quiere que engorde antes de comerme.»

Al terminar de cenar oyeron un gran ruido y el mercader, llorando, se despidió de su pobre hija pues pensaban que se acercaba la Bestia. Bella no pudo evitar un estremecimiento



al ver su horrible figura, aunque consiguió dominar su miedo, y al preguntarle el monstruo si venía por su propia voluntad, ella, temblando, le respondió que sí.

«Eres muy buena», dijo la Bestia, «y te estoy muy agradecido. Tú, buen hombre, partirás por la mañana y jamás volverás por aquí. Adiós, Bella.»

«Adiós, Bestia», respondió ella. Y el monstruo se retiró.

«¡Ay, hija mía», dijo el comerciante abrazándose a Bella, «casi muero de espanto! Por favor, deja que me quede yo.»





«No, padre», le respondió Bella con firmeza: «tú te irás mañana.»

Después fueron a acostarse, pero aunque pensaban que no podrían dormir en toda la noche, se les cerraron los ojos nada más echarse en la cama.

Bella vio en sueños a una dama que le dijo: «Me gusta tu buen corazón, Bella. La buena acción que has decidido hacer salvando la vida de tu padre a cambio de la tuya, no quedará sin pronta recompensa.» Al despertarse, Bella le contó el sueño a su padre, y aunque fue un pequeño consuelo, no pudo evitar que éste lanzara grandes sollozos cuando tuvo que separarse de su querida hija.



En cuanto se hubo marchado, Bella se fue al salón y se echó a llorar, pero, como era muy valiente, se dio ánimos y decidió no estar triste el poco tiempo que le quedase de vida, pues estaba convencida de que el monstruo la devoraría aquella misma tarde. Así, en lugar de esperar sin más, resolvió dar un paseo para ver el espléndido castillo, del que no pudo evitar admirar su belleza. Pero, cuál sería su asombro cuando sobre una puerta vio escrito: *Habitaciones de Bella*. La abrió precipitadamente y quedó deslumbrada por la suntuosidad que allí reinaba. Lo que más le impresionó fue su gran biblioteca, el clavicordio y numerosos libros de música. «No quiere que esté triste», se dijo para sí, y luego pensó: «Si me fuese

a quedar sólo un día, no habría preparado tantas cosas.» Este pensamiento le dio ánimos.



Luego, delante de la biblioteca, encontró un libro en el cual estaba escrito en letras de oro: *Ordena y manda, pues aquí eres dueña y señora.*

«¡Ay de mí», suspiró ella, «nada me gustaría más que volver a ver a mi pobre padre y saber qué está haciendo ahora!»

Esto lo había dicho para sí misma.

¡Pero cuál no sería su asombro cuando al volver sus ojos

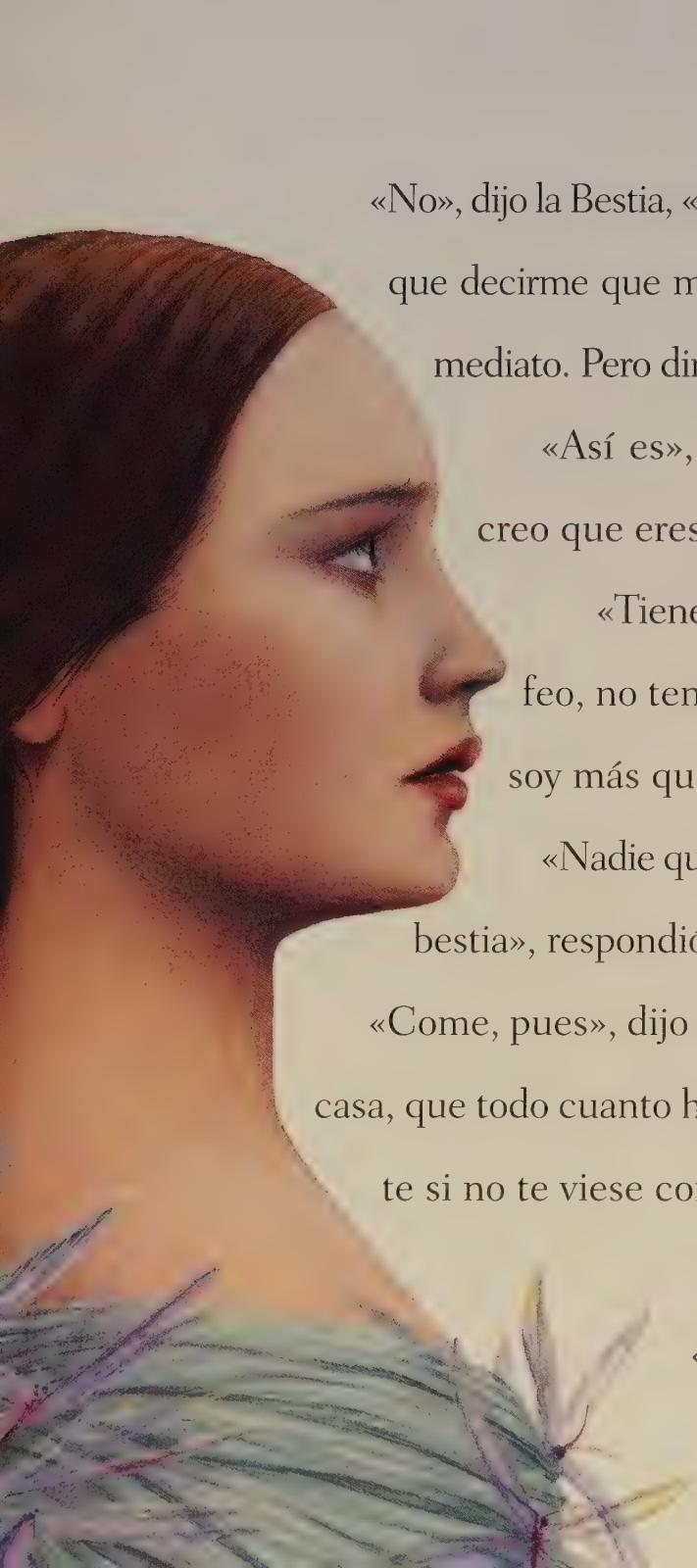
hacia un gran espejo vio reflejado en él su casa, y a su padre entrando en ella con una expresión de profunda tristeza! Sus dos hermanas mayores acudían a recibirlo, y a pesar de los exagerados aspavientos que hacían para aparentar tristeza, en sus rostros se percibía la gran alegría que sentían por la perdida de su hermana. Enseguida desaparecieron aquellas imágenes, y Bella no pudo dejar de pensar que la Bestia era muy complaciente, y que nada tenía que temer de él.

Al mediodía encontró la mesa servida, y mientras comía escuchó un magnífico concierto, aunque no vio a nadie.

Esa misma tarde, cuando iba a sentarse a la mesa, oyó el estruendo que hacía la Bestia al acercarse, y no pudo evitar un estremecimiento.

«Bella», le dijo el monstruo, «¿te importa que te vea comer?»

«Tú eres el dueño de esta casa», respondió temblando Bella.



«No», dijo la Bestia, «aquí no hay más dueña que tú. No tienes más que decirme que me vaya, si te molesto, y me marcharé de inmediato. Pero dime: ¿no me encuentras muy feo?»

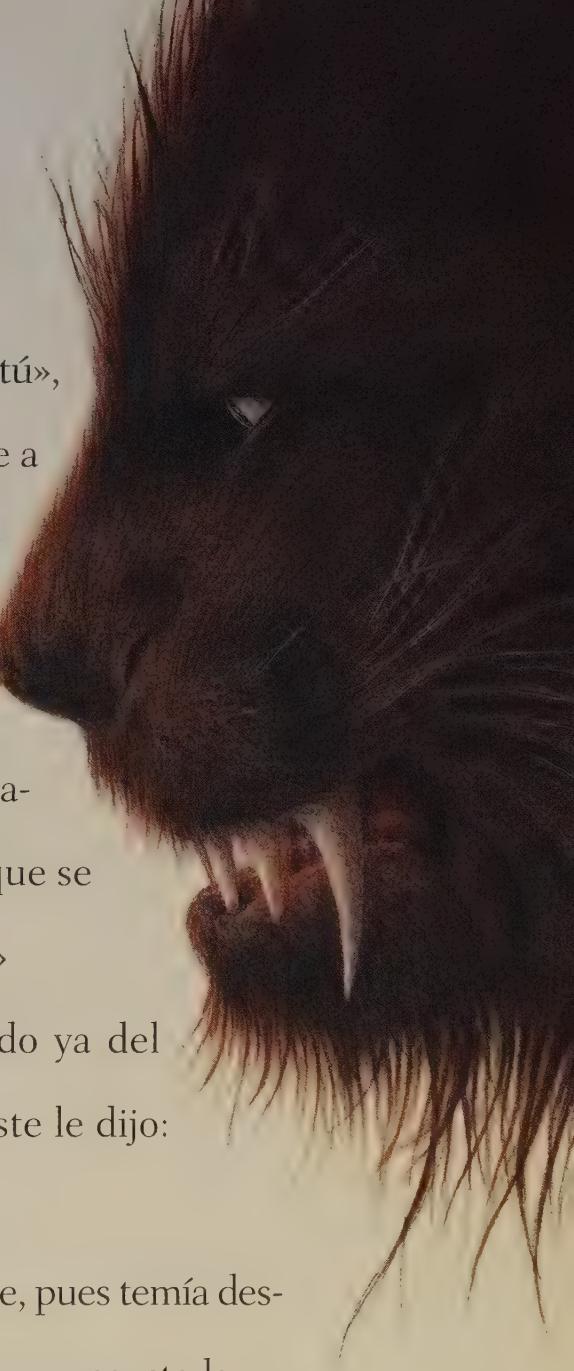
«Así es», dijo Bella: «no sé mentir. Pero también creo que eres muy bueno.»

«Tienes razón», dijo el monstruo. «Además de ser feo, no tengo la más mínima sensibilidad. Sé que no soy más que una bestia.»

«Nadie que crea que le falta sensibilidad puede ser una bestia», respondió Bella. «Un bruto jamás podría saberlo.»

«Come, pues», dijo el monstruo, «y procura pasarlo bien en tu casa, que todo cuanto hay aquí te pertenece. Me sentiría muy triste si no te viese contenta.»

«Me maravilla tu buen corazón» dijo Bella.
«Cuando lo pienso, no me pareces tan feo.»



«¡Es cierto que tengo buen corazón, pero soy un monstruo!» dijo la Bestia.

«Hay hombres mucho más monstruosos que tú», dijo Bella, «y más te aprecio a ti, con tu aspecto, que a otros que, aunque tengan apariencia de seres humanos, ocultan un corazón corrupto, falso e ingrato.»

«Si yo tuviese algo de sensibilidad», repuso la Bestia, «te diría algo muy hermoso en señal de gratitud, pero solo soy un pobre estúpido y lo único que se me ocurre decir es que te estoy muy agradecido.»

Bella comió con apetito. Apenas tenía miedo ya del monstruo, pero creyó morir de espanto cuando éste le dijo:

«Bella, ¿quieres ser mi esposa?»

La muchacha permaneció un rato sin responderle, pues temía despertar su cólera si le rechazaba, pero al final le dijo muy asustada:









«No, Bestia.»

El pobre monstruo quiso lanzar un suspiro, pero lo que salió de él fue un silbido tan espantoso que el palacio entero tembló. Pronto se tranquilizó y le dijo a Bella con voz muy triste: «Adiós, entonces, Bella», y salió de la sala volviéndose varias veces a mirarla.

Bella, al quedarse sola, sintió una gran compasión por la pobre Bestia.

«¡Qué pena que sea tan feo, con lo bueno que es!», se dijo.

Bella pasó tres meses muy tranquilos en el castillo. Todas las tardes la visitaba la Bestia y, mientras comía, la entretenía con conversaciones llenas interés, pero en las que jamás apa-



recían destellos de eso que se suele llamar *ingenio*. Cada día Bella descubría en el monstruo nuevas virtudes, y la costumbre de verlo la había habituado tanto a su fealdad, que no solamente no temía el momento de su visita, sino que miraba con frecuencia el reloj para ver si ya eran las nueve, pues la Bestia se presentaba invariablemente a esa hora. Sólo había una cosa que la apenaba, y era que la Bestia, cada noche, antes de retirarse, le preguntaba si quería ser su esposa, y parecía traspasado de dolor cuando ella decía que no. Un día le dijo:

«Me das mucha pena, Bestia. Me gustaría poder casarme contigo, pero soy demasiado sincera para dejar que te ilu-



siones pensando en que pueda suceder algún día. Siempre seré tu amiga: trata de contentarte con esto.»

«No me queda más remedio», dijo la Bestia. «Reconozco que soy espantoso, pero os amo tanto... No obstante, estoy feliz de que quieras permanecer aquí. Prométeme que no me abandonarás nunca.»

Bella se ruborizó al escuchar estas palabras. Había visto en el espejo que su padre había enfermado de pena por su perdida, y ansiaba volver a verle.

«Me gustaría prometerte no que no voy a abandonarte nunca», le dijo a la Bestia, «pero necesito tanto volver a ver a mi padre que si me niegas ese deseo me moriré de dolor.»

«Antes prefiero morir yo», dijo el monstruo, «que causarte

la menor aflicción. Te enviaré a casa de tu padre, permanecerás allí, y tu pobre Bestia morirá de dolor.»

«No», respondió Bella llorando, «te quiero demasiado para dejarte morir: te prometo regresar al cabo de ocho días. Me has permitido ver que mis hermanas están casadas y que mis hermanos se han alistado en el ejército. Mi padre se ha quedado solo. ¿Podrás soportar que pase una semana en su compañía?»

«Mañana por la mañana estarás con él», dijo la Bestia.
«Pero acuérdate de tu promesa. Cuando quieras regresar no tienes más que poner tu sortija sobre la mesa antes de acostarte. Adiós, Bella.»

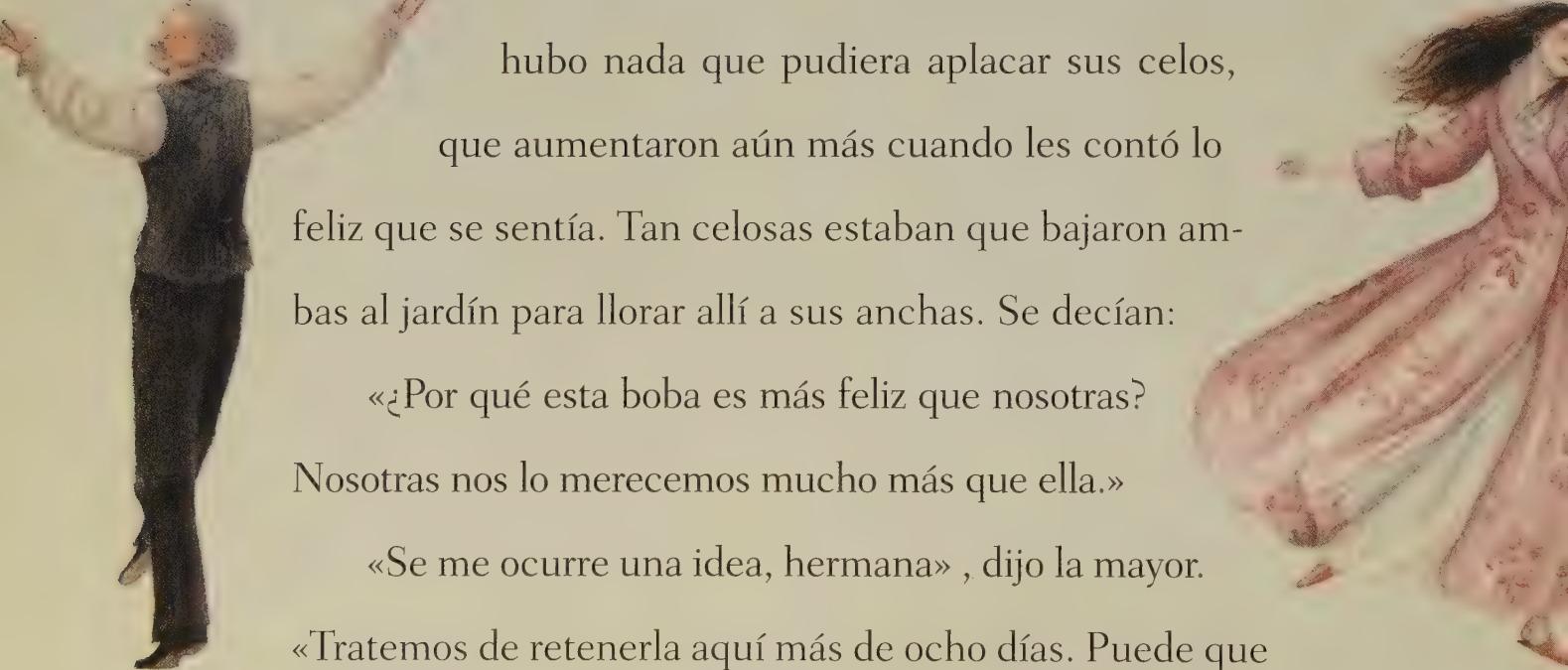
Bestia suspiró, como siempre, al decir estas palabras, y Bella se fue a dormir triste de verlo tan apesadumbrado.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se hallaba en casa de su padre. Hizo sonar una campanilla que estaba junto a la cama y apareció la sirvienta, que dio un grito al verla. Al oír el grito acudió su padre, que se emocionó de alegría al tenerla allí. Estuvieron abrazados más de un cuarto de hora.

Tras tantas emociones, Bella pensó que no tenía ropas con que vestirse, pero la sirvienta le dijo que había encontrado en la habitación de al lado un cofre lleno de vestidos con adornos de oro y diamantes. Agradecida por las atenciones de la Bestia, tomó el más modesto de aquellos vestidos y pidió a la sirvienta que guardase los demás para regalárselos a sus hermanas. Pero apenas hubo pronunciado esas palabras, el cofre desapareció. Su padre dijo que seguramente la Bestia deseaba que se quedase ella con todos los regalos, y al instante el cofre y los vestidos reaparecieron en el mismo lugar.



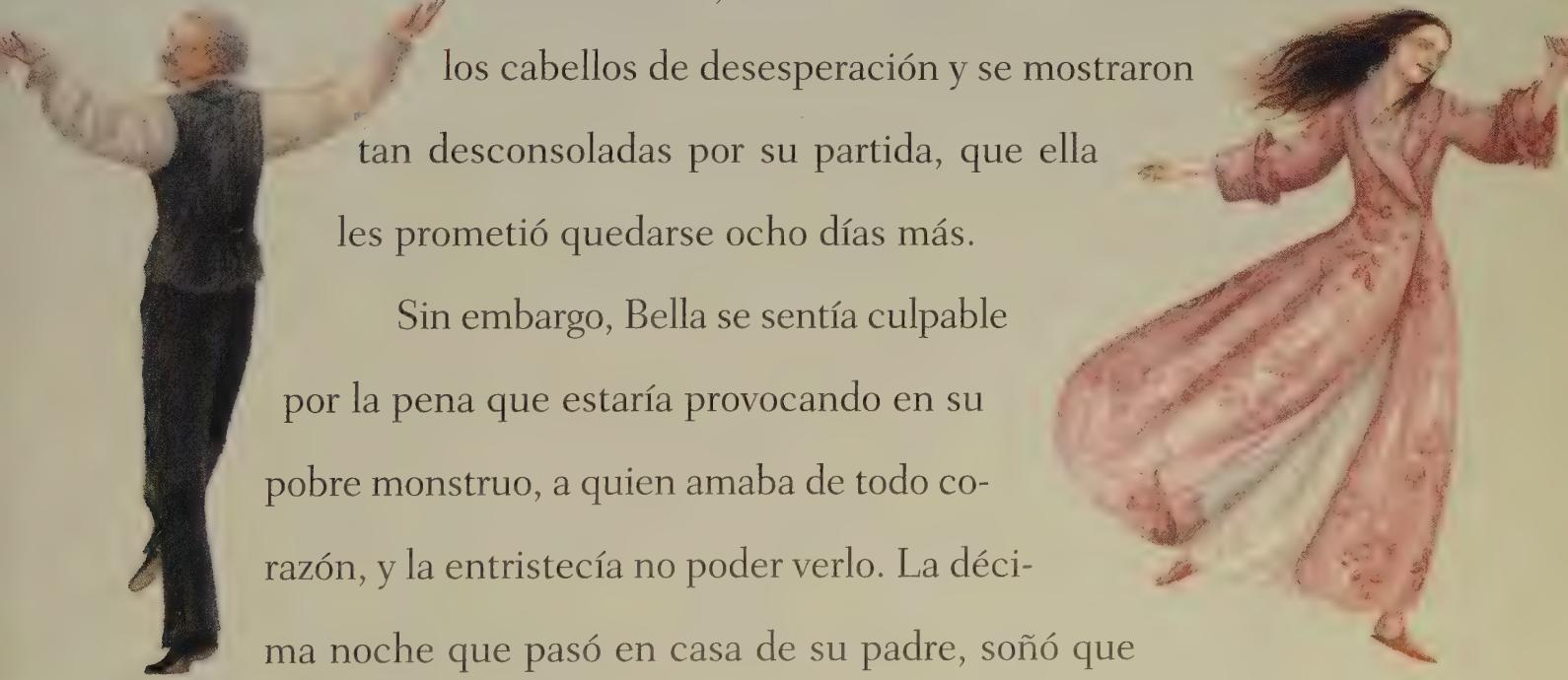
Bella se vistió por fin, y entretanto avisaron a las hermanas, que acudieron con sus esposos. Las dos eran muy desgraciadas. La mayor se había casado con un gentilhombre tan bello como Cupido, pero que estaba tan enamorado de sí mismo que, de la mañana a la noche, no pensaba más que en



él, menospreciando la belleza de su esposa. La segunda se había casado con un hombre con un gran talento, pero que solo lo utilizaba para mortificar a todo el mundo, empezando por su esposa.

Sus hermanas creyeron morir de dolor cuando la vieron vestida como una princesa y más hermosa que un sol. Por más atenciones y caricias que les dispensó Bella, no hubo nada que pudiera aplacar sus celos, que aumentaron aún más cuando les contó lo feliz que se sentía. Tan celosas estaban que bajaron ambas al jardín para llorar allí a sus anchas. Se decían:

«¿Por qué esta boba es más feliz que nosotras?
Nosotras nos lo merecemos mucho más que ella.»
«Se me ocurre una idea, hermana», dijo la mayor.
«Tratemos de retenerla aquí más de ocho días. Puede que



esa estúpida Bestia se enfade con ella por haber roto su palabra, y se la coma.»

«Tienes razón, hermana mía», respondió la otra. «Y para conseguirlo la colmaremos de atenciones.»

Tras tomar esta decisión, volvieron a subir y se mostraron tan cariñosas con Bella que ésta lloraba de felicidad. Cuando pasa-

ron ocho días, las dos hermanas se tiraron de los cabellos de desesperación y se mostraron tan desconsoladas por su partida, que ella les prometió quedarse ocho días más.

Sin embargo, Bella se sentía culpable por la pena que estaría provocando en su pobre monstruo, a quien amaba de todo corazón, y la entristecía no poder verlo. La décima noche que pasó en casa de su padre, soñó que

estaba en el jardín del castillo y veía a la Bestia caída sobre la hierba, que, a punto de morir, le reprochaba su ingratitud. Despertó sobresaltada y se puso a llorar.

«¿Cómo puedo ser tan mala como para causar dolor a alguien que no ha tenido más que atenciones para mí?», se dijo. «¿Tiene él acaso la culpa de su fealdad y de su falta de inteligencia? Es bueno, y eso es más importante que todo lo demás. ¿Por qué no he querido casarme con él? Sería mucho más feliz con él que mis hermanas con sus maridos. No es ni la belleza ni la inteligencia del esposo lo que hacen feliz a una mujer, sino la bondad de carácter, la virtud y la amabilidad, y la Bestia posee todas estas cualidades. No siento amor por él, pero sí amistad, cariño y gratitud. Basta, no volveré a hacerle sufrir. Porque durante toda mi vida no dejaría de reprocharme mi ingratitud»

Diciendo estas palabras Bella se levantó, puso su sortija

sobre la mesa y volvió a acostarse. Nada más echarse sobre la cama se quedó dormida y, a la mañana siguiente, al despertarse, se alegró de encontrarse de nuevo en el castillo de la Bestia. Se vistió lujosamente por contentarle y sufrió con terrible impaciencia esperando que fuesen las nueve de la noche. Pero el monstruo no apareció cuando el reloj dio la hora.



Creyó entonces que le había causado la muerte y, desesperada, dando grandes gritos, recorrió todo el castillo. Tras buscar inútilmente en todas partes, recordó su sueño y corrió por el jardín hacia el estanque junto al que lo había visto en sueños.



Allí encontró a la pobre Bestia, caída sobre la hierba, sin conocimiento, y creyó que había muerto. Sin el menor espanto hacia su fealdad, se echó sobre él y escuchó su corazón, que aún latía, por lo que tomó un poco de agua del estanque y mojó su cabeza. La Bestia abrió los ojos y le dijo a Bella:

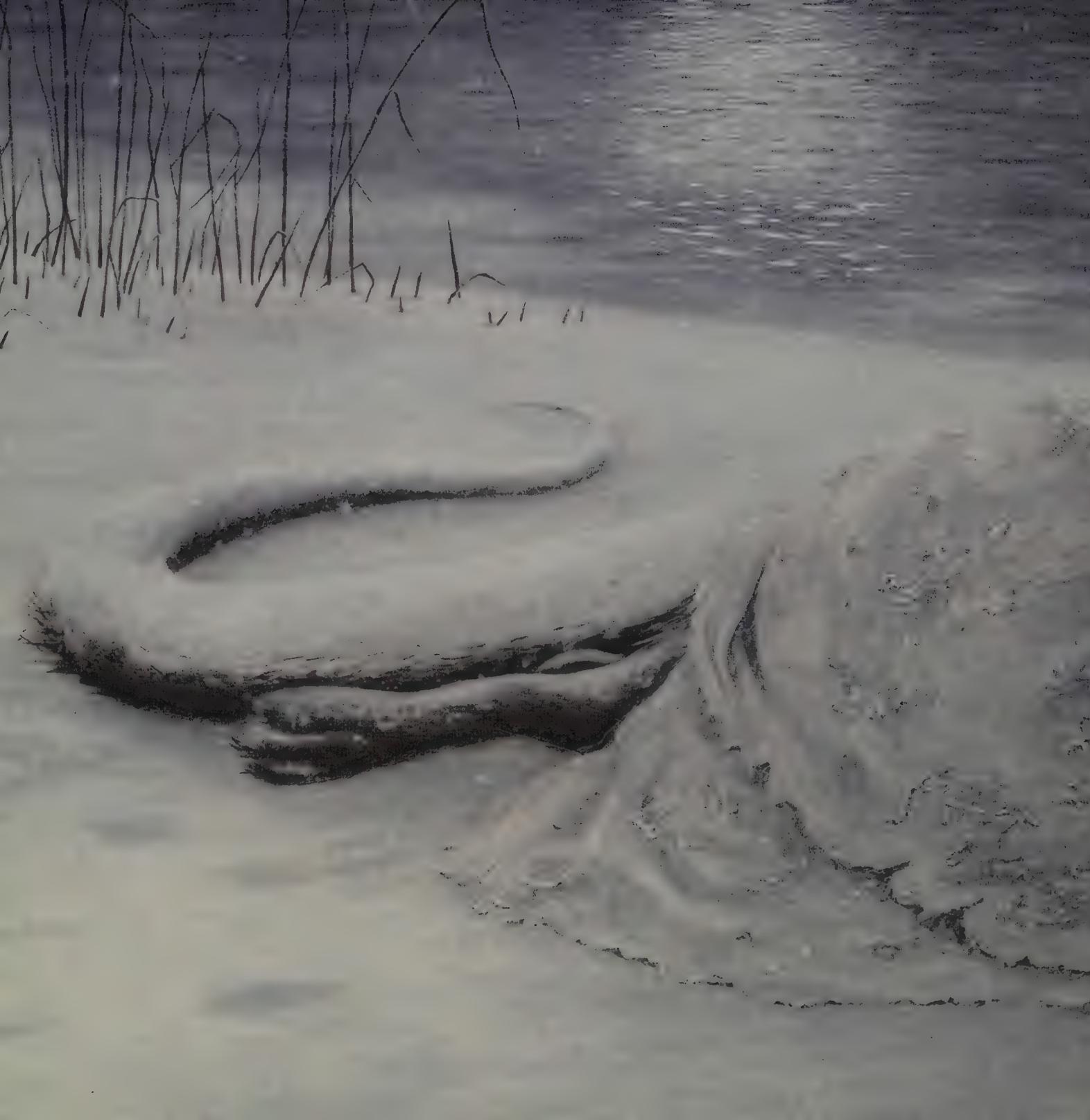
«Olvidaste tu promesa, y el dolor de haberte perdido fue tan fuerte que me dejé morir de hambre. Ahora moriré contento, pues he tenido la fortuna de verte por última vez.»

«No, mi Bestia querida, no vas a morirte», le dijo Bella.

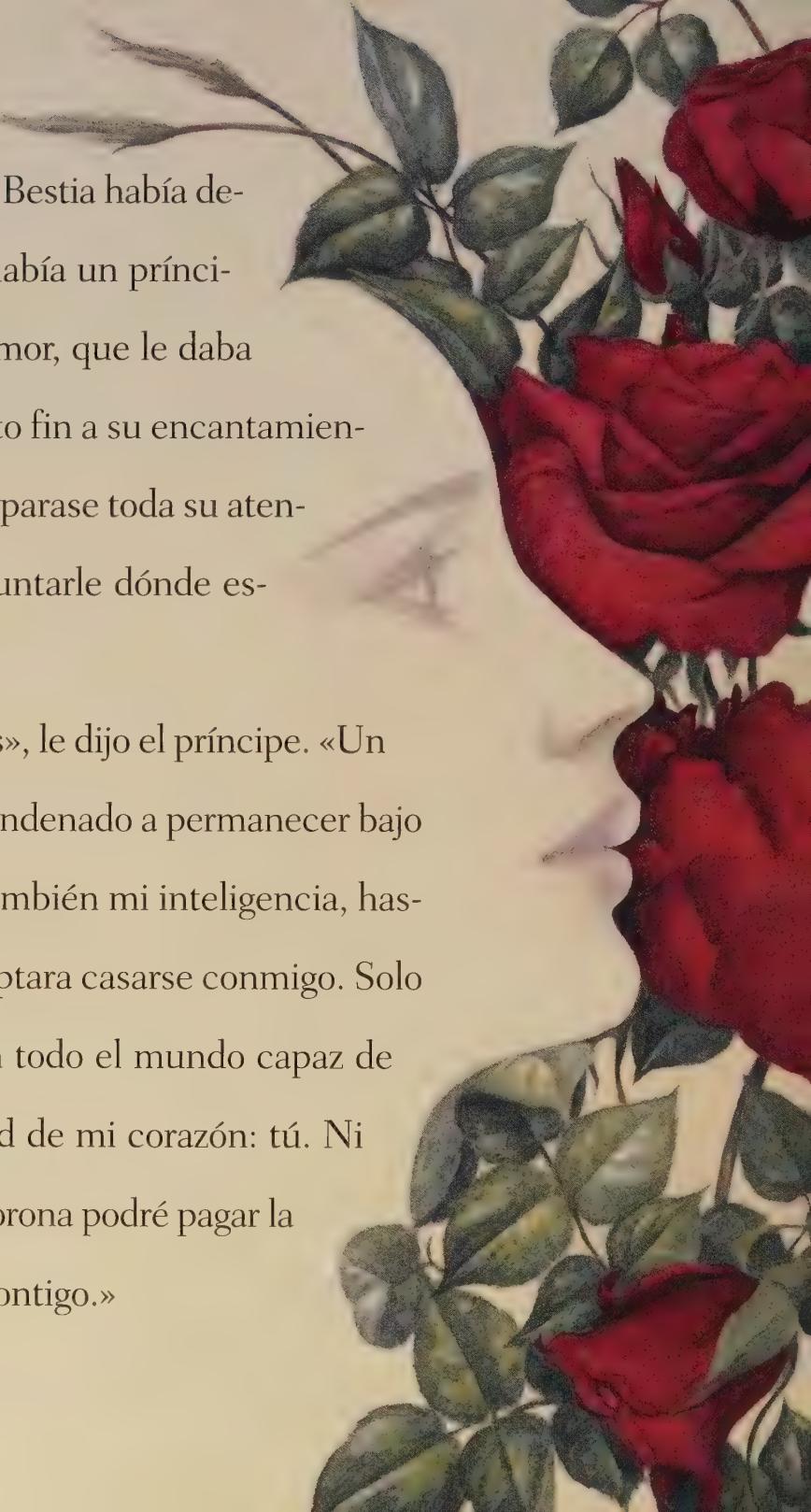


«Vivirás para ser mi esposo. En este mismo instante te concedo mi mano, y juro que no perteneceré a nadie más que a ti. ¡Yo pensaba que solo sentía afecto por ti, pero ahora me doy cuenta de que no puedo vivir sin verte!

Apenas Bella hubo pronunciado aquellas palabras vio cómo el castillo entero se iluminaba: había fuegos artificiales, y música, y era como si hubiera dado comienzo una gran fiesta, aunque ella estaba tan angustiada que no había nada que pudiera apartar su atención de su querido monstruo, cuya vida sentía que peligraba.

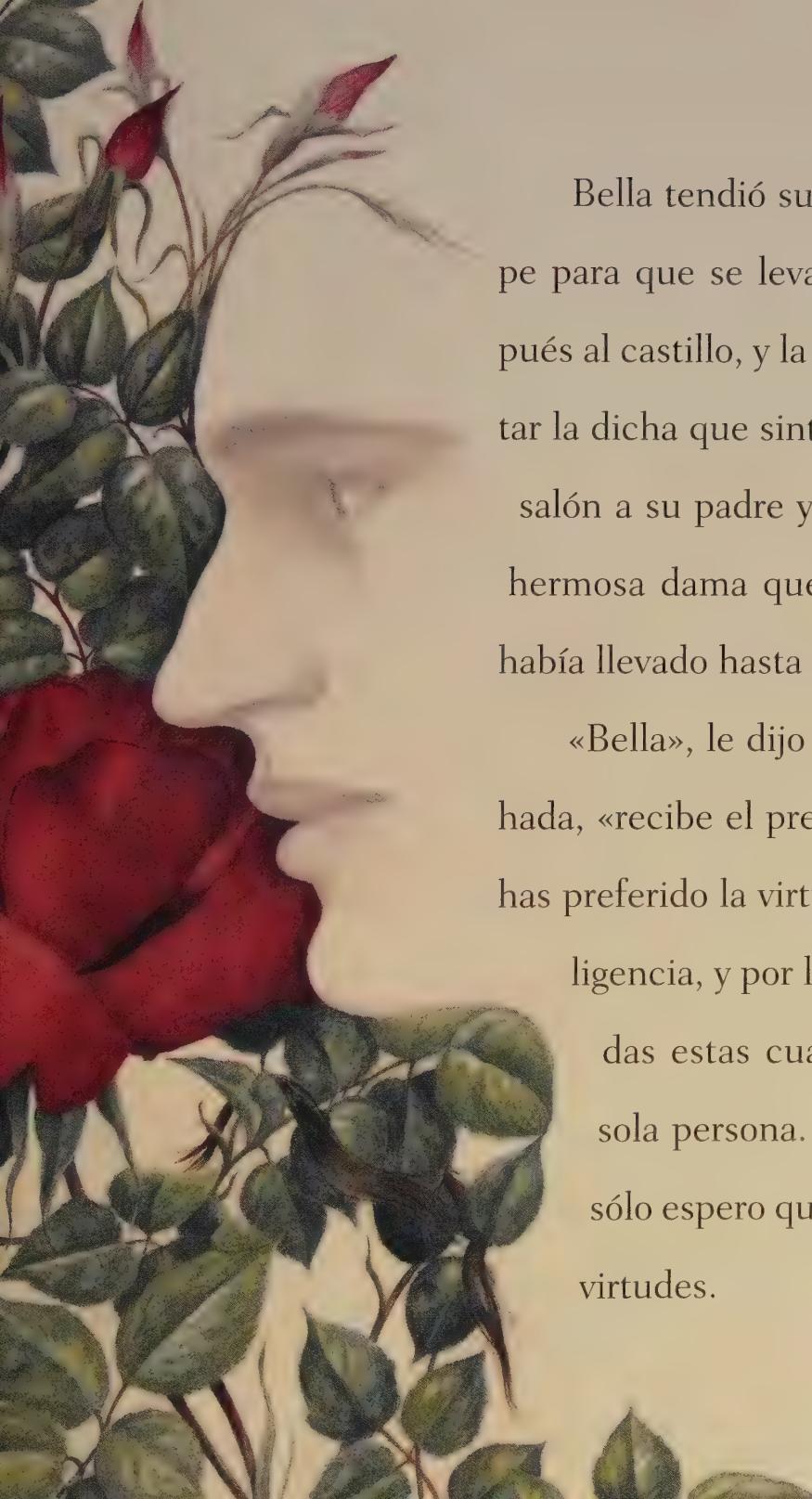




A soft-focus illustration of a woman's face in profile, looking down and to the left. She has dark hair and is wearing a white lace-collared dress. In the foreground, there are several vibrant red roses with green leaves, some fully bloomed and others as buds.

Pero, ¡oh sorpresa! La Bestia había desaparecido y en su lugar había un príncipe más hermoso que el Amor, que le daba las gracias por haber puesto fin a su encantamiento. Aunque el príncipe acaparase toda su atención, no pudo evitar preguntarle dónde estaba la Bestia.

«Estoy aquí, a tus pies», le dijo el príncipe. «Una hada perversa me había condenado a permanecer bajo esa forma, escondiendo también mi inteligencia, hasta que una bella joven aceptara casarse conmigo. Solo ha habido una persona en todo el mundo capaz de commoverse con la bondad de mi corazón: tú. Ni siquiera ofreciéndote mi corona podré pagar la deuda que he contraído contigo.»



Bella tendió su mano al hermoso príncipe para que se levantase. Se dirigieron después al castillo, y la joven casi no pudo sopor tar la dicha que sintió al encontrar en el gran salón a su padre y a toda su familia, que la hermosa dama que aparecía en sus sueños había llevado hasta allí.

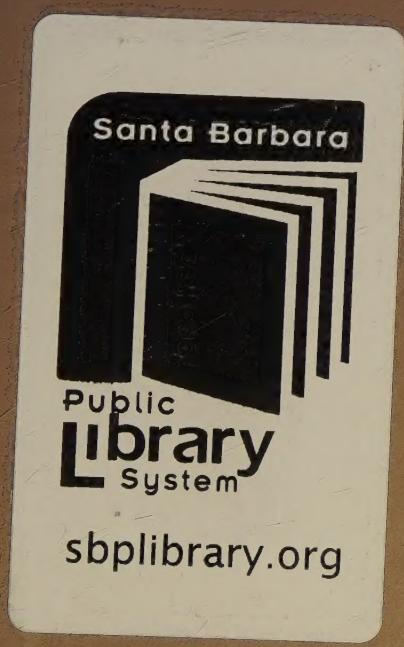
«Bella», le dijo la dama, que era un gran hada, «recibe el premio a tu buena elección: has preferido la virtud a la belleza y a la inte ligencia, y por lo tanto mereces hallar to das estas cualidades reunidas en una sola persona. Vas a ser una gran reina: sólo espero que el poder no destruya tus virtudes.

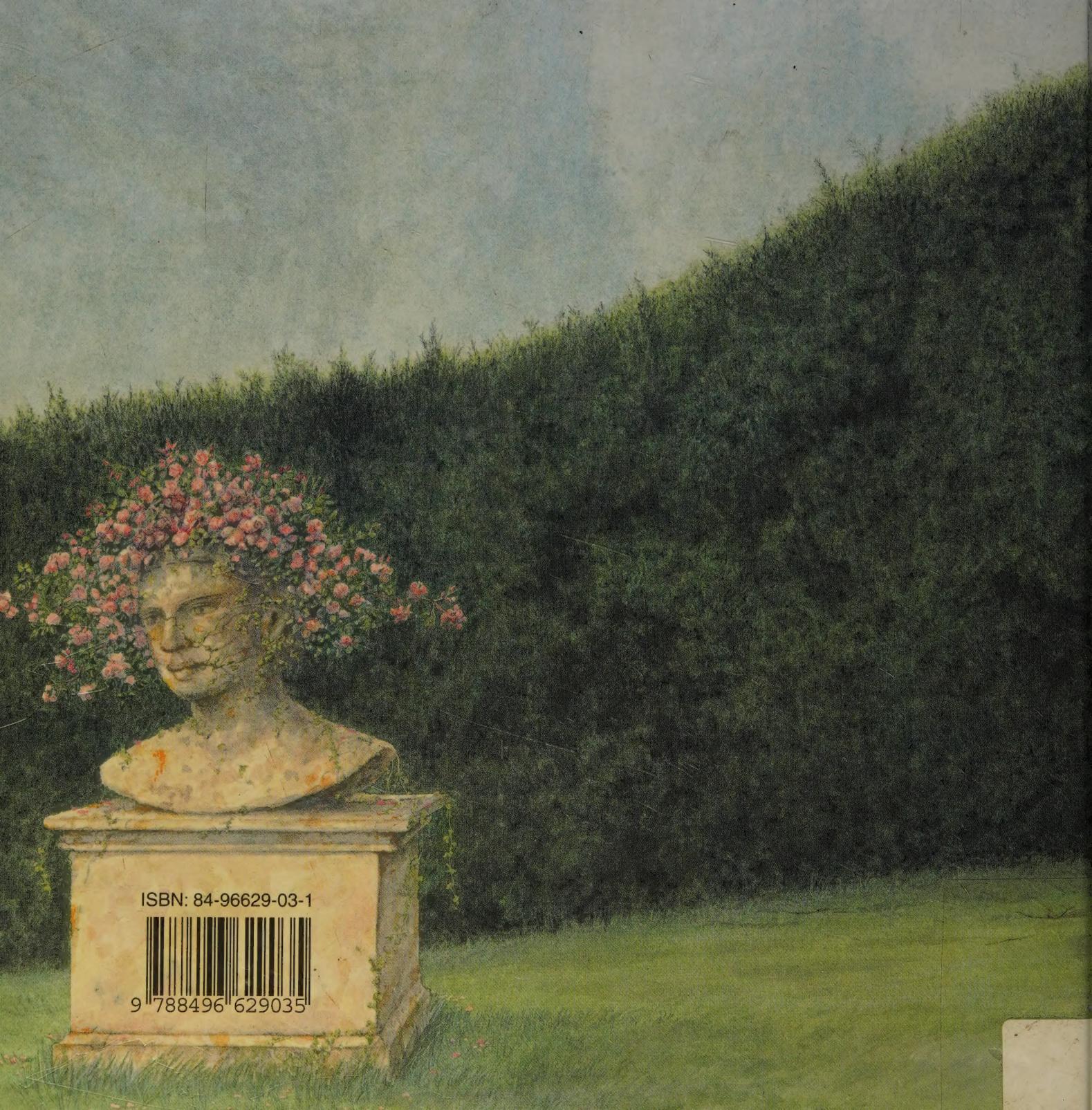




«Y en cuanto a vosotras, queridas», dijo el hada a las hermanas, «conozco vuestros corazones y toda la malicia que encierran. Os convertiréis en estatuas, pero conservaréis la razón dentro de la piedra que va a envolveros. Estaréis a la puerta del palacio de vuestra hermana y no podréis recuperar vuestro estado hasta que no reconozcáis vuestros errores, aunque mucho me temo que así jamás dejaréis de ser estatuas. Se puede corregir el orgullo, la cólera, la gula y la pereza, pero es casi un milagro que se cure un corazón malvado y envidioso.»

En ese instante el hada dio un golpe con su varita mágica y transportó a todos los que estaban en la sala al reino del príncipe. Sus súbditos le recibieron con enorme gozo, y poco después se celebraron sus bodas con Bella, quien vivió junto a él muchos años en una felicidad perfecta, pues estaba fundada en la virtud.





ISBN: 84-96629-03-1

A standard one-dimensional barcode representing the ISBN 84-96629-03-1.

9 788496 629035